CAPITULO XVI.

Motivo duodécimo de amor.

El amor que los hombres se tienen entre sí

SECCION PRIMERA.

I. Amor excesivo que se tienen los hombres.—II. Diferencias entre el amor de Dios y el amor de los hombres, por parte de la persona amante.—III. Por parte de la persona amada.—IV. Diferencia común al uno y al otro.

I. La consideración del amor excesivo, que vemos tan frecuentemente entre los hombres, debe mover vivamente á un espíritu sabio, y hacerle tomar la resolución de amar á Nuestro Señor Jesu-Cristo con toda la fuerza de su corazón. La Escritura nos suministra dos ejemplos memorables del amor, que los hombres se tienen algunas veces entre sí. El patriarca Jacob amaba tan ardientemente á Raquel, que sirvió durante catorce años á su padre para obtenerla en matrimonio, y *este templo le parecía corto, tan vivo era el afecto que le tenìa.* (1) Ammón, hijo de David, amaba tan

1 Videbantur illi pauci dies prae amoris magnitudine. Genes XX, 29.

perdidamente á Thamar, su hermana, que *se consumía y cayó enfermo.* Jonadab, su primo y amigo íntimo, le dijo un día: *¿Cuàl es, pues, la causa de esa profunda melancolía que os destruye todos los días, á vos que sois hijo del rey?* Es que yo amo á Thamar, hermana de mi hermano Absalón, le respondió el príncipe; he aquí la causa de mi languidéz y del triste estado en que me veis. (1) Como *toda la Santa Escritura*, dice San Pablo, *ha sido inspirada por Dios para enseñar, para reprender, para instruir* á los hombres y conducirlos á la perfección, (2) debemos pues creer, que el Espíritu Santo ha querido darnos una instrucción en estos dos ejemplos de aficiones humanas, una de las cuales no puede escusarse, y no es propia sino para cubrirnos de confusión. Pudiéramos, sin duda, referir otros muchos ejemplos, porque los libros están llenos de ellos, y no hay país alguno, ciudad, que no subministre todos los días ejemplos semejantes; pero no quiero, en una materia tan seria y tan santa como la que trato, hacer públicos desarreglos y locuras que debieran sepultarse en las tinieblas de un eterno olvido; estos dos ejemplos bastan. Añadiremos solamente lo que San Crisóstomo nos enseña, (3) y lo que la experiencia diaria confirma. Sucede frecuentemente, dice este Padre, que un hombre, arrastrado por un amor sensual por una criatura, la amaba con tanta pasión y furor, que aunque ella sea de baja condición, sin belleza al-

1 Ut propter amorem ejus aegrotaret, quare sic attenuaris macie, fili regis, per síngulos dies? Thamar sororem fratris mei amo. 2. Reg. XIII. 9.
2 2. Timoth., III, I6.
3 in Psal, XLI.

guna natural, no tendrá en cuenta las amenazas de su padre, las lágrimas de su madre, ruegos de sus hermanos, buenos consejos do sus amigos; él sacrificará la herencia paterna, su reputación; consentirá en llegar á ser objeto del desprecio de todo un pueblo, y se creerá suficientemente pagada de todos sus sacrificios con tal que obtenga el agrado de esa vil criatura. Ahora bien, si el hombre ama con tanto ardor un objeto que tampoco lo merece, concluye este santo doctor, ¿con cuanta mayor razón no debe amar á su Señor, que es el rey de la gloria? Si arde en tal fuego por un poco de lodo, por una miserable criatura que lo merece tan poco, ¿en qué fuego no debe arder por la pureza, la belleza y la luz misma? Pero á fin de quitar toda escusa al corazón humano, es necesario mostrar las diferencias inmensas que hay entre el amor de Nuestro Señor y el de las criaturas; esto bastará á todo hombre sensato para excitarlo á renunciar absolutamente al uno y darse enteramente al otro. Yo noto seis diferencias; tres de las cuales son particulares á la criatura amante, dos á la criatura amada, y una común á una y otra.

II. La persona amante no ha sido criada para amar á la persona que ama, ni á ninguna otra criatura: por consiguiente, padece un gran equívoco en apegarse á la solicitud de una cosa para la cual no ha sido hecha; cualquiera que sea el amor que le tenga, jamás estará contenta, porque no siendo su fin el amor y la posesión de la criatura, por una consecuencia necesaria, no pueden hacer su felicidad. Por esto, tanto por la naturaleza de la cosa en sí misma, como por un efecto de la providencia toda particular de Dios, que se ocupa sin cesar de la felicidad del hombre, se encuentran tantas dificultades, engaños y amarguras en la afición y posesión de las criaturas. *Iré tras de los que amo*, dice en el profeta Oseas una de esas almas apasionadas, *iré tras de los que amo y allí encontraré el contento y la paz.* Y bien? responde Dios, anda, persigue á las criaturas, prodígales tus caricias, puesto que lo quieres; *mas yo cerraré tu camino con zarzas y espinas*, que te harán sentir su aguijón: *tú perseguirás á las criaturas que amas, pero no podrás conseguirlas*; estarás siempre atormentada por tus deseos sin experimentar gozo, ó bien ese gozo estará lleno de disgustos, de arrepentimiento, de envidia y perfidia; el borde del vaso estará untado de miel, pero tú no encontrarás ahí sino hiel (1) Ved aquí la imagen fiel del amor de las criaturas. ¡Qué diferencia cuando se trata del amor de Dios Nuestro Señor, puesto que es cierto que somos creados por honrarle y amarle, y que sólo nos conserva la vida para emplearla en este santo ejercicio!

2.° La persona amante hace mil cosas por la persona amada, de lo cual ésta no tiene conocimiento. Si la persona que amais está distante, ¿acaso concibe los pensamientos que se refieren á ella cada día y cada instante? ¿Conoce ella todos los transportes, todos los ardores, todas las ternuras que experimentais cada vez que su recuerdo se presenta á vuestro espíritu? ¿Oye todas las pa-

1 Vadam post amatores meos.....Ecce ego sepiam viam tuam spínis: sequetur amatores suos, et non apprehendet eos, et quaeret eos et non inveniet et dicet: Vadam et revuertár advirum meum priorem, quia bene mihi erat tunc magis, quàm nunc. Os., II, 5 y 6.

labras que decis, ve todos los pasos que dais y todas las penas que experimentais con motivo de ella? Haceis en favor de ella una multitud de cosas que lo más frecuente os son inútiles lo mismo que á ella. Estas cosas no pueden procurarles el placer y la alegría que pretendeis procurarle, ni darle seguridad de vuestro amor, como lo desearíais; lo cual es una de las más dulces alegrías del amor. No sucede así con los que aman á Dios; porque el ojo penetrante de su sabiduría infinita, ve perfectamente todo lo que hacen, todo cuanto sufren, todo lo que piensan, todo lo que dicen de él; una palabra, un movimiento de corazón, un suspiro, nada se le escapa en todo tiempo y lugar, de día y de noche, en la soledad y en medio del mundo. Que la cosa esté oculta á los ojos de los hombres ó que sean testigos de ella, nada hay de lo cual no tenga un conocimiento particular, de lo cual no conserve recuerdo, y que reciba con la bondad más grande. El amor de Jesu-Cristo contiene, pues, este consuelo indecible, esta felicidad tan dulce, que cuanto se hace por él nada se pierde y su bondad tiene cuenta de todo.

3.° Es imposible que podais hacer conocer tal cual es á la persona que amais, el amor que sentis; no podeis hacerle ver el fondo de vuestra alma, para mostrarle cuán profundamente está grabada ahí vuestra imagen; cualesquiera que sean las palabras que empleis, hagais lo que hagais, no puede ver vuestro amor sino por las palabras y los efectos exteriores, que no son el amor mismo, sino solamente signos y pruebas frecuentemente equívocas. Pero la vista penetrante de Nuestro Señor conoce todo cuanto pasa en cada criatura; ve lo interior y lo exterior, nada se oculta á sus miradas; ve el amor que le teneis, no solamente en sus efectos, sino en sí mismo; escudriña vuestro corazón y ve cuán abrasado está, conoce los grados de vuestro amor, los juzga porque ve las cosas tales cuales son.

III. 1.° En cuanto á la persona amada, tal vez no os amará, aun cuando parezca hacerlo y que la ameis perfectamente; tal vez no corresponde á vuestro ardor sino por la indiferencia, y á vuestro amor por el odio; cualquier cosa que hagais para agradarle y para merecer su amor, es posible que se burle de vuestros ardores y sólo los vea con fastidio; os lisojeais quizás de ser amado, porque la otra persona lo atestigua con palabras y señales exteriores; pero estos signos exteriores, ¿pueden acaso disipar todas vuestras dudas? ¿No son engañadores, no engañan todos los días? Parece acojeros con agrado; os promete de la manera más solemne amaros hasta la muerte; acompaña todas sus protestas con juramentos. Lo concedo; pero para que estos testimonios y estas protestas de amor puedan disipar todas vuestras dudas y temores, se necesitaría ver el fondo de su corazón, á fin de asegurarse que este amor es verdaderamente tal cual lo dice. Referíos en esto al Espíritu Santo, que dice que *el corazón del hombre es engañoso, lleno de disimulo y artificios.* (1) ¿Podeis estar seguro que no hay en todo esto alguna mira de interés, que no pretende conseguir nada de vos? Porque comunmente así es como aman los hombres. Si ello es así, no es tanto por amor á vos por lo que obra

1 Pravum est cor omnium et inscrutábile. Jerem. XVII, 9,

así, sino por el amor de sí mismo. Mas supongamos que no estais engañado, que realmente esa persona os ama, ¿os ama tanto como la amais y no hay acaso en esto un gran motivo de pena? No es así como Nuestro Señor hace; estamos seguros que nos ama; él nos lo ha probado y él ama infinitamente más de lo que jamás podríamos amarlo y como no somos capaces de hacerlo.

2.° Y aun cuando fuera verdad que la persona que amais os ama con un amor recíproco, igual al vuestro, y aún, si quereis, incomparablemente más grande que el que sentís por ella, este amor, por grande que parezca y que lo sea, ¿no puede cambiar, resfriarse, convertirse en odio, como el de Amnon, que, según refiere la Escritura, *se cambió de tal manera en odio, que odió á su hermana más aún de lo que la había amado.* (1) ¿Cómo descansar de luego á luego sobre esas bellas apariencias? Los paganos con razón habían dado alas al amor, para indicar que es ligero y voluble, y que nada puede fijarlo. Si las cosas no van siempre tan lejos, es cierto que el amor se entibia, que sus fuegos se apagan y la experiencia nos enseña que la costumbre, la familiaridad disminuyen el amor y aun la estima que tenemos unos por otros. (2) La inmutabilidad de Dios, que dice por su profeta: *Yo soy el Señor, y no cambio,* (3) libra á su amor de esa inconstancia y nos cura de esta inquietud. Qué mayor motivo de alegría, qué reposo más perfecto

1 Exosam habuit Amnon odio magno nimis, ita ut majus esset odium, quo oderat eam, amore quò anteà dilexerat. II. Reg., XIII, 15.
2 Ab assuetis non fit passio.
3 Ego Dominus et non mutor. Malach., III, 6.

de espíritu para quienes aman á Nuestro Señor, que el pensar que él no abandona jamás sino cuando se le abandona, que él no desprecia sino cuando él es despreciado primero!

IV. La diferencia común á la persona que ama y á la que es amada, es la separación que causa una dura necesidad. Durante la vida, en la que mil accidentes separa á dos corazones que se aman, no se han encontrado todavía dos amigos que jamás se hayan perdido de vista, y que, en todo tiempo y en todo lugar, hayan tenido la dicha de jamás ser separados; la experiencia muestra que esto es casi imposible. En efecto, la condición, los negocios obligaran á uno á estar en la ciudad y al otro en el campo, á uno en un lugar y á otro en otro, y hagan lo que hicieren, estarán enteramente separados la mayor parte del tiempo. Sin embargo, es muy cierto que la separación y la ausencia son la ruina de la amistad, porque la debilitan á la larga y la apagan, como se ve todos los días. La razon de esto es sencilla: si la persona amante no ve más á la persona amada, si no la escucha más, si no conversa más con ella, la imagen que de ella se ha formado en su espíritu, se borra, porque ya no es conservada por las miradas, las palabras, la conversación, que, como un buril, imprimen y gravan más profundamente en el corazón esa imagen que se forma el amor. Pero si la ausencia no causa algún debilitamiento al amor y no lo apaga, entonces causa otros males más penosos: que son la tristeza, los pesares, los disgustos inconsolables que agobian á las personas amantes, cuando se ven privadas de la presencia del objeto que quieren, y que muchas veces causan su

muerte. Así, la reina de Ormús, (1) que se hizo bautizar en Goa en 1586, habiéndose casado con un señor portugués, llamado Antonio de Acevedo Contigno, después de año y medio de matrimonio, viendo á su marido obligado á hacer un viaje á Ormús, para bien de sus negocios, sin que él pudiera llevarla consigo, tuvo una tristeza tan grande por esta separación, que murió el mismo día que salió del puerto. No tenemos que temer una desgracia tal amando al Hijo de Dios: su inmensidad llena el cielo y la tierra, como él mismo lo dice; está real y esencialmente en todo lugar, siempre está cerca de nosotros, está interiormente en nosotros, y estamos en él, de tal suerte que, nada en el mundo puede separarnos y alejarnos de él; por otra parte, el amor que le tenemos lo hace presente en nosotros por su gracia en esta vida, y nos asegura su presencia eterna en el estado bienaventurado de su gloria.

1 Jarric. Lib. IV. hist, indicae. Cap. VIII.

SECCION SEGUNDA.

I. Conclusión.—II. Respuesta á la objeción.

I. Puesto que los hombres se aman con tanta pasión, á pesar de las razones que son tan propias para apartarlos de ello, ¿con qué ardor no debemos aplicarnos á adelantar en el amor de Nuestro Señor, que nos procura ventajas tan grandes, y que contiene las preciosas ventajas de que acabamos de hablar! Todo hombre sensato que reflexione en ello seriamente, renunciará muy pronto al amor de las criaturas para no unirse sino á Jesu-Cristo. *El hombre*, que es verdaderamente hombre, dice Isaías, *arrojará los ídolos de oro y plata que él mismo se haya hecho, y los animales viles que adoraba*, (1) es decir, las criaturas que él amaba. El profeta real, penetrado de esta verdad, exclama en el fervor de su meditación: *¿Qué hay en el cielo y sobre la tierra que merezca ser el objeto de mis pensamientos; de mis afectos y de mis peticiones?* (2) Por estas palabras se acusa á sí mismo de haber amado demasiado las bellezas creadas; pero dice que después de haber reflexionado mejor, las

1 In illâ die projiciet homo idola argenti sui, et simulacra auri sui, quae fecerat sibi, ut adoraret talpas et vespertitiones. Is. II. 20.

2 ¿Quid mihi est in coelo, et á te quid volui super terram? Ps., LXXII, 25.

abandona para no aplicarse sino á buscar y amar sólo á Dios. Como si dijera que si otras veces se detuvo en las criaturas, fué porque no había encontrado nada más bello; pero habiendo tenido algún conocimiento de la bondad y belleza divinas y estando convencido que nada es más agradable, más honroso, ni más útil, que el amor del Señor, el amor de los objetos terrestres estaba apagado en su corazón, y que no quería dedicarse sino á encender y á nutrir en sí el amor de Dios. "Como un niño, dice San Gregorio de Nysa, (1) explicando este pasaje, que hubiera nacido y que hubiera sido educado en una obscura prision, amaría las tinieblas hasta el momento en que le fuera dado disfrutar de la luz del día, y contemplar la belleza de los astros, podría dar por escusa que su ignorancia solamente había causado su desprecio, puesto que nada conocía más excelente; así David, se condena de haber juzgado tan mal de la soberana bondad y de la verdadera belleza, y confiesa francamente que había vivido como un sér desprovisto de razón, amando á las criaturas y buscando en ellas su reposo y su felicidad." *Estoy delante de vos como un jumento*, dice á propósito de esto. Habla así, dice San Agustín, porque se había envilecido apegándose á objetos terrestres; (2) pero habiendo reconocido la verdad, tiene otros pensamientos y otros deseos muy diferentes: dice un eterno adios al amor de las criaturas, no quiere aplicarse sino á amar á su Dios."

1 Tract, prior, in script. Psal., cap. VI.
2 Ut jumentum factus sum apud te, quasi pecus factus est desiderando terrena. S. Aug. in Ps., LXXII.

Así es como debemos hacer; mas es preciso comenzar inmediatamente, y, sin esperar á mañana, desengañemos á nuestros espíritus, purifiquemos nuestros corazones del amor engañoso de las cosas de la tierra. Desarrollando San Crisóstomo con su elocuencia ordinaria este texto de David: *Como el venado sediento corre á la fuente de fresca agua, así mi alma suspira por vos, oh! mi Dios* (1) exclama: "Luego que habeis recitado en vuestras oraciones este verso del Profeta, habeis hecho un convenio con Dios, habeis contraído con él una obligacion, no escrita, sino pronunciada en presencia del cielo y de la tierra, de amarle más que cuanto puede lisonejar vuestros sentidos, preferirle á todo, y arder en su amor. Si encontrais á alguna criatura que parezca solicitar vuestro amor por los atractivos de su belleza, decíos á vos mismo: Estoy ligado, y he prometido á Dios, de la manera más solemne y en presencia de los más augustos testigos, que yo lo amaría sobre todo, que yo suspiraría por él, como el venado sediento desea la corriente de las aguas, no quiero faltar á mi promesa: así mi corazón no está abierto sino para él." Y en efecto, ¿no debe mirarse como un insensato á aquel que se apasiona por alguna criatura y que es insensible á las bellezas de su Creador, puesto que hay una diferencia tan grande entre estos dos objetos? Nuestra alma, dice Santo Tomás, está entre dos extremos que están á una distancia inmensa, á saber: El Creador y la criatura. El cita á propósito de esto, estas bellas palabras de S. Agus-

1 Quemadmodûm desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desinderat anima mea ad te Deus. S. Chrisost. in Ps. XLIII.

tín: "El alma está colocada entre Dios y las criaturas; si se vuelve de parte de Dios, es iluminada, mejorada, perfeccionada; si se vuelve del lado de las criaturas, cae en las tinieblas, se envilece y se corrompe." (1) Si á pesar de esta desigualdad extrema las criaturas tienen tanto poder sobre el corazón de los hombres, que los vemos algunas veces perdidamente enamorados, no es una vergüenza y una infamia el no amar ardientemente á Nuestro Señor? *Hijos de los hombers*, ¿resistireis siempre á los atractivos del amor de vuestro Dios, *os dejareis arrastrar siempre por el amor de las cosas de la tierra, que no son sino mentira y vanidad?* (2) A lo menos amad otro tanto la verdad, y sobre todo la verdad encarnada, Jesu-Cristo Nuestro Señor, puesto que él lo merece infinitamente más, y no le hagais más tiempo la injuria de preferir á él las criaturas.

II. Yo preveo vuestra objeción No vemos á Nuestro Señor, decis, y por consiguiente no podemos amarle tan ardientemente como amamos á las criaturas que vemos, con las cuales conversamos, y que por consiguiente hacen una impresión más viva sobre nuestros sentidos y cautivan nuestro entendimiento y nuestra voluntad. Mas esta objeción no puede excusar á aquellos que no aman tiernamente á un maestro tan amable. En efecto, ¿no hay acaso un gran número de hombres que aman

1 Anima media inter Deum et creaturas pósita, convertione ad Deum illuminatur, melioratur et perficitur; convertione ad creaturas obtenebratur, deterioratur, corrumpitur. S. Thom. Opusc. LXI. 3.

2 Filii hominum usquequò gravi corde ut quid diligitis vanitatem, et quearitis mendacium? Ps. IV. 3.

á personas que nunca han visto, por sólo la reputación de su virtud y de sus perfecciones? Un hijo ciego y sordo ¿no ama á su padre, aunque no lo vea ni lo oiga? La ceguera y sordera no le quitan el sentimiento de la naturaleza; no le quitan los principios de amor para con este hombre que le ha dado el sér. Digamos mejor, San Agustín nos ha prevenido, él ha respondido ya hace muchos siglos á esta excusa, y ha hecho ver la debilidad de ella por estas palabras: "Me direis, quizás: Yo no veo á Dios, ¿cómo podré amarlo? Si teneis un amigo anciano, amais necesariamente algo en él, y, ¿qué amais? Es acaso su cuerpo encorvado, su cabeza calva, su frente arrugada, sus quijadas estrechas? Me respondeis que no; ¿qué amais, pues? Su felicidad, direis. Yo me esperaba esta respuesta: pero los mismos ojos que os hacen ver esta felicidad, que es una belleza espiritual y escondida en el fondo del alma, ¿no os hacen ver á vuestro Dios? (1) Vamos más lejos y mostremos más claramente esta verdad por una suposición: Hay en Roma un caballero de calidad que jamás habeis visto, pero que ha oído hablar de vos por acaso á los que viajaban con él y que os conocen; os ha tenido cariño, os da pruebas de él pidiendo contínuamente noticias de vos, informándose de vuestros negocios, de vuestros amigos, de los honores á los cuales sois llamado, y todos los años, os envía regalos con-

1 Dicturus es mihi, Deum non video, quomodò sum amaturus quem non video? Ecce amas amicum, quid in illo amas? Senex homo est, quid amas in sene? incorvum corpus, album caput, rugas infronte, contractam maxillum? responsurus es mihi: homo est fidelis: ergo fidem amas? Si fidem amat, quibus oculis videtur fides, ipsis oculis videtur Deus. S. Aug., hom. 38.

siderables y las rarezas de su país. Os pregunto, no tendríais cariño á ese caballero? Hay más en eso, ¿habrá en el mundo un hombre tan insensible para no amarle? Sin embargo, este amor no tomaría su origen de la vista de esa persona; no la conocíais sino por sus regalos y por las pruebas de su buena voluntad. Y por qué no amais, pues, á Nuestro Señor? si no le veis en persona, ¿no le veis todos los días por los beneficios señalados con que os colma? Por consiguiente, no aleguemos más este pretexto para excusar nuestra tibieza y nuestro poco amor por él; no está en eso el origen del mal, como lo vemos por el ejemplo de los santos, que le han amado perfectamente en la tierra, aunque no le vieron mejor que nosotros. La verdadera causa del mal, es que no refleccionamos bastante seriamente en las razones que nos le hacen amable, y que no somos bastante fieles á su gracia. Por otra parte, si le viéramos, ¿qué gloria y qué mérito tendríamos en amarle? sus perfecciones son tan grandes, su belleza tan admirable, que al momento que se muestren es imposible no amarlas; ellas conmueven necesariamente el corazón y llevan tras sí el amor sin que se les pueda resistir. El mérito en esta vida consiste en amar á Jesu-Cristo sin verle, y en permanecerle unido de corazón, aun cuando no gocemos de su presencia corporal.

CAPITULO XVII.

Motivo décimotercero de amor.

Desprecio que debemos tener para las creaturas.

I. Los bienes de este mundo son muy pequeños.—II. La Escritura nos los representa bajo la figura de una sombra.—III. Son dados á buenos y á malos.—IV. Jamás contentan.—V. Más bien son males que bienes.—VI. Pasan rápidamente.

Mas para que no tengais pesar de abandonar las criaturas por seguir á Jesu-Cristo, y para que os dediqueis enteramente á su amor, voy á mostraros en pocas palabras lo que las criaturas son en sí mismas, y que lo que pueden dar es tan poca cosa, está acompañado de tantas imperfecciones, que todo hombre sensato se disgustará de ello fácilmente, cuando encuentre en Jesu-Cristo abundantemente lo que encuentra esparcido en las criaturas.

I. Las riquezas, los honores y los placeres, que no son sino lodo, humo y basura, son toda la recompensa que podeis esperar de las criaturas, por los servicios que les prestais. San Benito, según refiere San Gregorio, (1) vió un dia, en un rayo de celeste claridad, al mundo con todo el lustre, toda la alegría, toda la pompa y todos los bienes que

1 Liber. II. Dial., cap. XXXV.